

Su cólera se reconcentró tanto en el retiro, que llegó á enviar embajadores á Gustavo Adolfo, diciéndole que si quería entenderse con él y mandarle quince mil escandinavos, darían cuenta entre los dos del Emperador y del Imperio. No aceptó el Rey de Suecia tal traición por la repugnancia invencible que le causaba el traidor; y éste, una vez de su negativa penetrado, cobróle aquel odio propio de tan perverso corazón. La guerra se agravaba cada vez con mayor gravedad, y Wallenstein se prometía ver alguna vez al Emperador á sus plantas. En efecto, fué á pedirle socorro éste poco menos que de rodillas por serviles emisarios. España y Baviera se oponían, pero Fernando consideraba que no tenían el Imperio y el Catolicismo ninguna otra esperanza en la devastadísima Alemania. Wallenstein midió la distancia que separa un soberano de un súbdito, y deseó con descaro ser primero en el mando, ya que había sido primero en la guerra y en la victoria. El César se desvaneció como un fantasma en aquel ejército. Grados, honores, ascensos, jurisdicción, justicia, las facultades todas del soberano, y del soberano absoluto, así las legislativas como las ejecutivas y judiciales, pasaron al bárbaro general, quien soñó desde aquel entonces con asaltar hasta el trono y ceñirse la corona, implacable contra Fernando, que lo había elegido, no por las inspiraciones de su conciencia, sino por los mandatos de la necesidad. Así, el Austria entera, y con el Austria toda la Alemania ortodoxa quedaron al arbitrio completamente de aquel hombre. Maximiliano de Baviera se resistió á reconocer su mando en jefe, y no tuvo más remedio que ceder por mandato del Emperador, completamente atemorizado y rendido al dominio natural de la fuerza y de la violencia personificadas en hombre como aquel, quien parecía tener un alma formada por la condensación terrible de los vapores que producen las carnicerías y las matanzas de la conquista y de la guerra.

Pacificada Bohemia, lanzóse Wallenstein ardoroso en busca del Rey escandinavo y lo encontró en las cercanías de Nuremberg. Los dos ejércitos enemigos se vieron frente á frente como dos ideas contrapuestas, pero no llegaron á las manos. El general católico fiaba su victoria en la descomposición del ejército escandinavo; y el ejército escandinavo no quería por su parte acometer al general católico parapetado tras inexpugnables trincheras. Muchos días estuvieron frente á frente unos de otros, y en estos días empeñaron escaramuzas varias y aun varios encuentros más ó menos terribles; pero no formal y decisiva contienda. Aquellos campos no podían sufrir la presencia de tales ejércitos, verdaderas naciones ambulantes, buenas tan sólo para destruir y exterminar los territorios que las sufrían y soportaban. Hasta el aire se había hecho irrespirable allí por causa de las matanzas continuas y convirtiéndose de laboratorio de la vida en laboratorio de la muerte. Así Gustavo Adolfo pasó ante Wallenstein y sus tropas sin que le molestaran y se retiró hacia el campo de Lutzen donde se trabó por fin la terrible batalla. Pocas veces hánse visto de frente dos enemigos por tal manera encarnizados y dos fuerzas tan iguales en el fondo y tan equilibradas. Eran los primeros días de Septiembre. Una espesa neblina, como antici-

pado sudario, cubría el espacio inmenso, donde tantos vivos iban á caer en la muerte. El Rey Gustavo se arrodilló á la puerta de su tienda; con él se arrodilló todo su ejército en las respectivas posiciones; y elevaron suave cántico á las alturas, acompañado por las músicas militares tan propias de los campos, cántico semejante al elevado por los hijos de Israel cuando entraban invocando al Dios espiritual y único, frente á los reyes idólatras y sus perversas huestes. Concluida la oración el Rey sube á caballo y recorre todo el frente de su ejército, animándolo con su imperiosa y concisa elocuencia. Eran las once de aquella terrible mañana, cuando la niebla se desvaneció y pudieron los dos ejércitos verse y combatir. Un espectáculo bien horrible se presentó aun para ojos acostumbrados al horror. Lutzen ardía, por haberle prendido fuego Wallenstein para evitar un ataque de flanco. Corren los dos ejércitos á encontrarse y lanzan los dos gritos que mejor explican la inenarrable contienda. Los imperiales vociferan el nombre de María, poniendo su odio bajo la invocación de la Virgen Madre del amor cristiano; y los protestantes vociferan la inenarrable palabra «Dios», como si el autor de toda vida pudiese bendecir esos horrores de la matanza y de la guerra. Los mosquetes, los cañones, producen tal estruendo, que no parece aquello una batalla, parece una tormenta. Diríase que unos y otros han robado sus relámpagos, sus truenos, sus centellas, sus fulminantes rayos al cielo. La furia escandinava no tiene freno; las manos de sus soldados se agarran á los cañones humeantes que vomitan fuego contra ellos y los vuelven hacia la faz de los mismos que los dirigen; la primera de las brigadas imperiales cae y la segunda retrocede. Hubieran todos al pánico terrible retrocedido, sino las alienta y reanima su gran general azuzándolas contra un enemigo valeroso, diezmado y enflaquecido por la muerte. A tal momento de la batalla ceden las armas de fuego á las armas blancas, únicas en verdad esgrimibles, cuando se han tocado los dos ejércitos uno contra otro y luchan los combatientes cuerpo á cuerpo. Así los dos ejércitos se devoran y exterminan sin adelantar ni retroceder un paso, mantenidos por la pujanza de su furia. Entonces la infantería escandinava siente un asomo de verdadero desmayo, y su Rey corre á sostenerla y arengarla. Pero, en tan vertiginosa carrera, su heroico valor y su incontrastable ímpetu acercan tanto al enemigo, que un arcabuz imperial puede troncharle con su bala el brazo. La sangre del héroe cae sobre su propio ejército y produce mayor estrago que la metralla del enemigo. Inútilmente reconcentra el herido su ánimo en supremos esfuerzos y pide á su voluntad imperio sobre su cuerpo. En el momento de apartarse á un lado para ocultar á los suyos su agonía, las ráfagas de aquel huracán lo echan por tierra y lo acribillan con su granizada de fuego. Las pezuñas del caballo croata patean y profanan aquel sagrado cuerpo. Su propia cabalgadura, desmontada y tinta en sangre, corriendo por las líneas del ejército, anuncia la muerte del héroe á los suyos. Este anuncio terrible no los desconcierta. Ninguno quiere ya la vida para sí una vez acabada la que los encendía y animaba con su luz y con su calor á todos. Lán-



zanse, pues, á matar con el ímpetu y el arrojio de aquellos á quienes en su desgracia nada les importa morir. El ejército imperial sucumbe cuando un refuerzo nuevo los alienta, la llegada de un general con tropas de refresco. Pero el combate continúa sin que pueda suspenderlo ni la victoria ni la muerte. Los dos enemigos quedan en el mismo campo sin que ninguno pueda decidirse victorioso ni decidirse vencido. La noche con sus tinieblas los cubrió á todos como la muerte los sepultó á todos en el mismo suelo con su igualdad implacable. Si de algún lado se inclina más la fortuna es del lado de los escandinavos. Pero Escandinavia, con la muerte de Gustavo Adolfo, ha perdido su alma. Y aquí termina el tercer período de la guerra de Treinta años.

¿Qué se ha hecho el general de los ejércitos católicos? Todo el mundo esperaba que después de Lutzen, donde su mayor enemigo desapareciera, no dejara en paz á los protestantes y les infligiera derrotas terribles. Pero deja que tomen á Ratisbona y que las tropas imperiales sean vencidas en Baviera, en Sajonia, en el Rin. Retirado á Bohemia, como si no sucediese nada, distribuye los castigos y las recompensas; después de largos informes entre los oficiales, cual si no existiera ya en Alemania ni el Emperador ni el Imperio. Su ejército innumerable no acampa en tierras enemigas, acampa en tierras imperiales que perecen devastadas por aquella espesísima langosta. Si el Emperador no hubiera menester tanto de su gran general, despidiéralo entonces, porque, á no dudarlo, delataba una perplejidad peligrosa la inacción incomprensible. Gentes más ó menos industriadas en sus proyectos, decían á la corte que Wallenstein conjuraba con verdadero empeño á los escandinavos y á los protestantes para entenderse con ellos y derribar el Imperio, extrayendo para sí de aquella demolición una corona, objeto principal de sus anhelos. El Emperador le manifestó su desconfianza, quitándole sin vacilaciones una parte de sus tropas. Y el general se vengó de tal desconfianza dejando que los luteranos corrieran á su antojo por donde les pluguiese. Nada podía irritar tanto á la corte y á los jesuitas. Así, difundían respecto á él los rumores más desfavorables, mantenidos por los celos de Baviera que amenazaba con unirse á Suecia, y por las obyurgaciones de España que notificaba su propósito de no expedir ni un hombre ni un cuarto mientras tuviesen tal cabeza las tropas católicas é imperiales. Fernando le quitó la dirección de los tercios italianos para decirle cómo empezaba su desfavor. Entonces el gran general se dirigió á su teniente Piccolomini por el plausible motivo de haber bajo su misma constelación nacido y le comunicó su proyecto de volver las armas del ejército puesto bajo sus órdenes contra el Emperador y el Imperio. Murmuró algunas observaciones Piccolomini en los oídos de sus jefes pero al verlo tan resuelto, meditó si podría cortar su traición espantosa con otra no menos espantosa traición, y se avino á su acuerdo. Alentado por tal motivo y tal auxilio, aquel soberbio que no sentía escrúpulos ni estimaba ninguna dificultad, por fuerte que fuese, reunió las tropas y les propuso la deserción. Pero como notase que vacilaban, quiso partirse; y

entonces todos se ligaron á él, creyendo no faltar al Emperador si le conservaban el mejor de sus generales. Pero Piccolomini informó á la corte de todo cuanto se tramaba, y la corte mandó un general encargado de imponer la imperial autoridad al ejército. Este general se llevó parte de las tropas, mas no las que se hallaban cerca de Wallenstein. Apoyado por ellas corrió en busca de los sajones y de los escandinavos para ponerse á su frente y derribar al Emperador. Mas en esta marcha detúvose una terrible noche sin grande acuerdo en castillo donde la traición le aguardaba; y allí le mataron á él y á sus principales partidarios, pocos momentos después de haber absorbido su alma y su vista en la contemplación de los astros para preguntarles cuál debía ser su terrible suerte, cuando ya brillaba en sus espaldas la partesana con que sus asesinos le remataron, cual remata un carnecero al rendido toro en la sangrienta carnicería.

En 1633, año de la muerte de Wallenstein, acaba el período que podemos llamar escandinavo, y empieza el período que podemos llamar franco; Richelieu quiere á toda costa levantar á Francia; y para levantar á Francia comprende que necesita destruir al Austria en la frontera oriental y destruir á España en la frontera occidental de su monarquía. Como Antonio Pérez aconsejaba eu su maquiavelismo á los aragoneses que se hicieran protestantes y republicanos, Coligny aconsejaba constantemente á los Valois que se pasaran al protestantismo, y que, apoyados en Inglaterra, en Suiza, en Holanda, en Dinamarca y Suecia, en los príncipes luteranos de Alemania, destruyeran las dos grandes naciones católicas, el Austria y España. Las vacilaciones de Carlos IX y la debilidad incurable de Enrique III no sustentaron esta política esencialmente francesa con la debida energía. Pero Enrique IV, luterano de nacimiento, aunque católico por ambición, así como dentro de Francia mantuvo la tolerancia religiosa por el Edicto de Nantes, fuera de Francia mantuvo la política internacional luterana por su enemiga implacable tanto á España como al Austria, y su inteligencia estrecha con Inglaterra y con Holanda. Richelieu era católico, y además de católico era cardenal; pero antes que católico y antes que cardenal, era francés. Ardiente patriota, comprendió cómo la pujanza de Francia estribaba en la debilidad irremisible de Austria y España. Y apoyó á los príncipes luteranos en Alemania y socorrió con crecidas sumas á Gustavo Adolfo de Suecia. Hizo más, expuso á los ojos del Papa Urbano VIII las dificultades que le traían tanto Austria como España en Italia, poseedora la una de Nápoles y el Milanesado, poseedora la otra del Tirol y de la corona imperial tan aborrecible á los Pontífices, impulsándole para que subrogara sus intereses religiosos á sus intereses políticos, y le metió en la terrible liga contra las dos naciones católicas, contra los dos brazos formidables de la Iglesia, contra el Imperio austriaco y contra el Imperio español. Austria fué vencida en Friburgo y España fué vencida en Rocroy. Estas dos grandes derrotas obligaron á uno y otro Imperio al pacto de Westfalia, que termina y corona con la victoria del Protestantismo la revolución religio-



sa. Tres años duró la discusión del tratado debatido en Osnabruch y en Munster: tantos eran los intereses á conciliar y las consecuencias á deducir de tamaño convenio. Quien recuerde cómo la Iglesia en los tiempos del establecimiento de los bárbaros y del pacto escrito con Carlo-Magno dominaba el mundo, y compare tal omnipotencia con las cláusulas del tratado internacional de Westfalia, en que cede y retrocede, comprenderá fácilmente cuán profunda y transcendental revolución acaba de verificarse, al concluir la gran guerra germánica, en los destinos del mundo. Todo el empeño de la reacción ortodoxa, dirigida por Felipe II y los jesuitas consistió en tratar á los pueblos protestantes como pueblos rebeldes y en iniciar y proseguir contra ellos una cruzada como la célebre contra los albigenes, tan horrible, hasta llegar á su rota y exterminio. Pero la paz de Westfalia, ese código internacional del protestantismo, cierra las revoluciones religiosas y abre las revoluciones políticas; es decir, cierra el período de las premisas completamente claras, y abre, á su vez, el período de las claras é inmediatas consecuencias. El protestantismo, gracias á él, allega en Alemania derechos iguales á los derechos del catolicismo. El poder de aquella religión se acrecienta en la política. Los luteranos adquieren un voto más en la gran Dieta electoral nominadora de los Emperadores. Cuantos príncipes, á la nueva religión pertenecientes, derribados por los azares de la guerra y por la suerte de los combates, recobran sus tronos. Los del Norte reciben grandes indemnizaciones territoriales por la restitución de los bienes eclesiásticos á que les obligara la derrota. Los convenios de tolerancia internacional, pactados tantas veces entre la majestad del Imperio y los príncipes luteranos, cuando aquélla los había menester contra los turcos, alcanzan fuerza definitiva de ley. Las dos religiones enemigas se asientan al lado una de otra en los tribunales y en los Congresos. Todas las Cortes de justicia y todas las diputaciones del Imperio computáronse por mitad enteramente de ambas sectas. Restablecióse la publicidad completa del culto luterano do quier lograrara una grandísima extensión. La lucha entre protestantes históricos y protestantes calvinistas, adversa de suyo al protestantismo en general, quedó cerrada con la igualación de derechos entre los príncipes de ambas comuniones. La existencia de las nacionalidades protestantes, á la cual habían cerrado los ojos todas las potestades católicas en general, quedó establecida; y la paz religiosa internacional completamente consagrada.

Trascendieron todas estas trascendentales adquisiciones al mundo en general, y llevaron dentro de sí generales y duraderas consecuencias. La Gran Bretaña se asentó definitivamente y sin recelo sobre las bases luteranas. La independencia del pueblo holandés, tan combatida, se reconoció legalmente hasta por la monarquía española. Los protestantes de Silesia pudieron celebrar la devolución de sus templos y reunirse á orar y á cantar en ellos. Los protestantes de Hungría entraron á una en la paz religiosa, recibiendo gozosos de manos del Imperio sus iglesias y sus sacerdotes. La misma Polonia cejó en su intoleran-

cia, y la misma España pactó amistades más ó menos duraderas con la protestante Inglaterra. El Papa Urbano VIII, un Barberini, cooperó, como hemos dicho tantas veces, á la guerra de los Treinta años, que llevaba en sus entrañas la paz de Westfalia. Político antes que teólogo, atento á las cuestiones diplomáticas antes que á las cuestiones religiosas, monarca más que Pontífice, no vió en los guerreros de la gran contienda el ideal que iluminaba sus frentes, vió tan solo el interés político y mundano. En su concepto, Gustavo Adolfo no era el brazo derecho del protestantismo, sino el enemigo implacable de Austria y España, naciones que le tenían cercado por todas partes en el Mediodía y en el Norte, y que acababan de acaparar posesión política tan hermosa y pingüe como el célebre ducado de Mantua. Estos cardenales, que atacaban á las dos grandes potencias europeas sin las que sucumbían ó se debilitaba el catolicismo; estos capuchinos que conspiraban á una contra los generales, dueños y directores de los grandes ejércitos eclesiásticos; estos Papas, que olvidaban su ministerio religioso por atender solamente á su ministerio político, y llamaban guerra láica y civil á la guerra teológica por excelencia de los Treinta años; estos jesuitas que asesinaban á Wallenstein, olvidados de cuanto había hecho por la reacción religiosa; todos estos desertores de su causa ortodoxa y antigua secularizaron Europa en la esfera diplomática, mucho antes de que la secularizara el pacto de Westfalia, y fueron dóciles instrumentos del humano progreso empleado por la divina Providencia.

Tarde, muy tarde vió la curia romana el corolario de todas ideas y de todos sus procedimientos. Cuando el nuncio enviado á Munster para que recogiese los despojos de la rota infligida tristemente á los amigos de la Iglesia, le anunció las grandes ventajas conseguidas por el Protestantismo, quedóse la Iglesia como absorta. La paz del mundo no podía restablecerse ya, sino sobre los fundamentos de la tolerancia universal. Y la tolerancia universal encerraba virtualmente la condenación explícita de todos los dogmas y de todos los procedimientos ultramontanos. Harto se habían agotado las fuerzas del mundo en querellas teológicas libradas al cetro y al fusil. Sonaba ya la hora de que concluyese la teocracia y de que se rompiera para siempre su antigua ignominiosa tutela. Con harto lento paso caminan las ideas. Siglo y medio hacia que la libertad de conciencia brotara en la protesta de Lutero. La paz de Westfalia fué la victoria material de tan luminoso principio. Las dos Iglesias, la católica y la protestante llegaron á un pie de igualdad tal, que, como decía Roma, la concubina se pareció en derechos á la esposa. No cabe dudarle; aquí en este convenio concluyó el espíritu de la Edad Media y comenzó á organizarse y á constituirse dentro de la viva realidad el espíritu moderno. El Papa lo comprendió claramente y anuló el pacto de Westfalia bajo pena de mayor excomunión. Pero las mismas potencias católicas declararon que no podían atender á las bulas romanas y contribuyeron á erigir la Europa moderna sobre sus bases del derecho bajo los rayos de la excomunión y sin mirarla siquiera. Una grande lógica preside á la Historia como una grande fuerza preside